

Ser la voz de otro. Yasmina Khadra

EL RINCÓN OSCURO
JESÚS LENS



Tomo prestado (o robo lisa y llanamente, que para algo estamos en un espacio negro-criminal) el título del discurso de Wenceslao Carlos Lozano pronunciado en la Academia de Buenas Letras. Y es que la semana pasada tuvo mucho que ver con la traducción.

Me encanta ese título, 'Ser la voz de otro', que tan bien define qué es traducir, un arte sin cuyo concurso no podríamos leer una gran parte de esas novelas policíacas que tanto nos gustan. Una voz que, por desgracia, suele es-

tar silenciada y pasar de rondón, como si no tuviera importancia o fuese algo menor.

Al salir del Paraninfo de la Facultad de Derecho nos fuimos al Botánico a tomar unas cervezas. Hablando con Carmen Montes, traductora de autores nórdicos 'noir' como Jo Nesbo, me explicaba su método de trabajo, dejándose sorprender por los giros de la trama, riendo con el buen humor y emocionándose con los momentos más dramáticos. ¿Influirá en el lector el estado de ánimo del traductor a la hora de

trabajar? ¿Será más fácil que brinquemos en el sillón si, al traducir, la propia Carmen se encuentra boquiabierta por el texto original?

Me lo confirmaba Daniel Cortés, traductor especializado en cómics, cuando me decía que se identificaba con el protagonista de 'El mundo sin fin', sintiéndose perdido cuando tocaba, desfalleciendo con él y perdiendo la esperanza por un posible colapso energético...

El cuerpo me pide hablar de la otredad y el ensayo 'La expulsión de lo distinto', el clarividente ensayo de Byung-Chul Han. Sobre todo porque también estuvimos con Alfonso Salazar, que acaba de publicar su traducción de 'Consejos a los jóvenes escritores', del 'maldito' Charles Baudelaire, el poeta de la ciudad, el arrabal, la mugre, la noche, el dolor y la muerte. Y mientras escuchaba su erudita conversación

con Alejandro Pedregosa, no dejaba de recordar el 'Je est un autre'; el 'Yo es otro' de uno de sus 'discípulos', mi amado Rimbaud. El otro. Siempre el otro. Como voz, pero también como presencia. O ausencia.

Me disperso. Volvamos a Wenceslao Carlos Lozano, cuando parafraseó a Flaubert y señaló que su discurso se podría haber titulado perfectamente 'Yasmina Khadra c'est moi', dado que le ha prestado su voz en veinte de sus novelas, ahí es nada.

El profundo repaso que Lozano hizo de la narrativa de uno de los autores capitales del noir contemporáneo me retrotrajo a horas y horas de lectura compulsiva. Y es que Khadra es uno de mis autores de cabecera, ejemplar modelo del género negro que más me gusta y arrebató. Su 'Trilogía de Argel', protagonizada por el icónico comisario Llob, me sacudió como un electrochoque

y 'Lo que sueñan los lobos' es un espeluznante descenso a los infiernos del terrorismo islamista que te permite entender y comprender... si lees sin prejuicios ni maniqueísmos.

Decía Lozano en su discurso que tanto 'Lo que sueñan los lobos' como 'Los corderos del Señor' son «dos auténticos manuales de referencia hoy en toda academia militar del mundo, sobre cómo se convierte en terroristas suicidas a jóvenes desnotados que han renunciado a sus sueños». ¡Telita!

Al terminar su alocución, me quedé pensando que hace mucho tiempo que no leo a Yasmina Khadra. Como tantas veces ocurre en nuestro universo lector, dejamos que lo urgente y lo perentorio se imponga a lo verdaderamente importante. Y les aseguro que leer las novelas del autor argelino es de vital importancia y trascendencia.